

¿Dónde están las derechas y las izquierdas?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ES un lugar común ya definir la derecha como algo inmovilista, y la izquierda como la propugnadora del cambio. Pero una vez sentadas las bases de cualquier definición de algo real surgen las dificultades al compulsar las palabras abstractas con nuestra realidad concreta.

Esto es bien visible al observar a nuestras derechas y a nuestras izquierdas, cuando ha pasado un año de las primeras elecciones democráticas en el país.

Resulta que todos —salvo los extremos— dicen que quieren un cambio racional y nadie quiere por eso llamarse derecha-derecha. La palabra "derecha" tiene poco ambiente en el mundo actual. Lo dice un hombre tan poco sospechoso como Thierry Maulnier en su reciente obra *Le sens des mots* (acabada de traducir al castellano). Pero las palabras no son las realidades, porque la derecha verbalmente se disfraza de izquierda, y la izquierda se hace de hecho derechista.

La derecha española, hasta ahora, ha querido últimamente llamarse "centro"; el "centro", izquierda; y la "izquierda" no sabe cómo denominarse ya. Lo que no cabe la menor duda es que en Europa, lo mismo que en España, "los auténticos partidos de derechas gastan sus pulmones gritando: 'no somos de derechas'". Porque a cualquiera se le puede desacreditar, en el ambiente de hoy, diciendo que es un hombre de derechas.

Todos hablan de cambio, aunque la derecha lo diga con peso y medida; y la izquierda lo dice, pero demostrando una proclividad derechista y prudencialista manifiesta en sus hechos, aunque no a veces en las palabras, que saben a regusto demagógico en bastantes ocasiones. Pero sepamos que tampoco la demagogia es izquierda, porque o es derecha disfrazada (ahí está la fraseología de los llamados sindicatos amarillos, por ejemplo, que recuerdan las pomposas frases pseudorradicales, pero sin consecuencias, del verticalismo), o bien se practica ese puro verbalismo radicalista para querer atraer las apetencias y los votos de la masa.

El cambio, para ser cambio, tendría que ser radical, aunque se hiciese suave, pacífica, sensatamente (como yo creo que queremos la gran mayoría de los españoles, que estamos dando muestras de ser el pueblo más pacífico del mundo). Pero yo no veo por ninguna parte la radicalidad, la verdadera y auténtica radicalidad, la que debe ir a la raíz de las cosas —como querían a una hombres tan distintos como Marx u Ortega—, dejando de lado las apariencias meramente exteriores o las pala-

bras altisonantes. Si se habla de economía se hace un plan para andar por casa (que todos los políticos oficiales se apresuran a aceptar) y que, además, ni siquiera se llega a cumplir; si se habla de la crisis de las empresas, a nadie se le ocurre que lo fundamental es reestructurar la mentalidad anticuada de muchos empresarios y la estructura obsoleta de las empresas que no tienen la organización debida a nivel de Europa ni están adecuadas a las necesidades de un verdadero marketing; si se habla de libertad, no se piensa nunca en una libertad real, concreta, sino en frases y palabras, o por el contrario en dejación y disgregación de lo que no debía ni dejarse a la buena de Dios, ni permitir disgregarse en una actitud de estar cruzados de brazos; cuando citamos la palabra "iniciativa privada", sus máximos defensores verbales están pensando en que esto significa una lucha salvaje sin reglas de juego donde sólo venzan los más fuertes (con lo cual la iniciativa privada para todos, con igualdad de verdaderas oportunidades, es inexistente), o bien se pretende el proteccionismo constante para ciertos grupos de presión social o de intereses, como ocurría en el sistema infantil de protección franquista, donde todos éramos menores de edad; y nada digamos de la palabra "autoridad", que hoy no tiene prestigio alguno porque carece de toda fuerza moral, que es lo más importante para tener esa verdadera autoridad, y se sustituye por el sistema del palo unas veces y la permisividad a ultranza otras, en una acción de péndulo totalmente deseducativa e insatisfactoria.

Por eso están surgiendo en unos el desánimo, el desaliento y la falta de confianza respecto a nuestros políticos actuales; y en otros la añoranza de volver a fórmulas autoritarias. Porque la verdad es que el ciudadano medio, por cuyas venas ha entrado el deseo de paz ante todo, está anhelando un orden; y ante esa apetencia es muy fácil caer en fórmulas "neofascistas", como muchos estamos temiendo que pueda ocurrir en España, igual que se teme en Europa. Fórmulas hábiles, disfrazadas, ocultas; pero que pueden encandilar el gusto insatisfecho de muchos, por causa de esta falta de principios claros y concretos de nuestra política actual.

No nos olvidemos de que el "mito" del cambio, si no se concreta y se hace viable, puede dar lugar a dar palos de ciego que impidan un verdadero cambio, que hagan ineficaz esa posible transformación por incuria o falta de visión, por afán de puras relaciones públicas sin contenido de

fondo, como le ocurre a nuestra UCD y a muchos de sus principales dirigentes; o que la ineficacia venga de la falta de coherencia al intentar llevar a cabo sin firmeza algún cambio necesario. La "moderación" debe ser menos moderada, más decidida en realizar lo que dice, y los "avanzados" más tenaces en saber ser ordenados y consecuentes, sin creer que las cosas se hacen con la rapidez y sencillez de unos fuegos artificiales ni por virtud de mágicas palabras.

Las guerrillas latinoamericanas han traído unos Gobiernos dictatoriales, a veces bastante más hábiles que los de los antiguos dictadores, y el izquierdismo ingenuo de Allende trajo como consecuencia un Pinochet. Estamos, por eso, en un momento crucial: el de un verdadero cambio, si somos inteligentes y sensatos, si somos valientes y serenos al mismo tiempo, si tomamos ejemplo de lo que ha ocurrido en otros países, y no caemos en ingenuidades, creyendo que hablar es hacer o que dejar sin norte al país es conseguir que por arte de magia se arreglen las cosas.

La Iglesia —esta obtusa Iglesia española— podía hacer indirectamente mucho. Dando ejemplo en su campo espiritual de lo que por "homología" debía ocurrir en otro plano, el profano. No dominándolo ni dictándole lo que tiene que hacer, sino dándole ejemplo de lo que, trasponiéndolo al ámbito civil, podía ser estructura adecuada de este mundo. Lo uno —lo espiritual—, fomentando la libertad y las fuerzas constructivas internas; y lo otro, estructurando la sociedad a nivel político en la convivencia eficaz de todos y el desarrollo general de lo económico, cultural, social y político con fórmulas concretas, cambiables cuando ya no den resultado.

Anhelamos el cambio, pero un cambio decisivo. La izquierda tiene mucho que decir y que hacer, pero no con temores a la involución, ni con palabras demagógicas, ni tampoco con prisas que la hagan tropezar. Tiene que ser consciente de sus principios, inspirándose en ellos claramente, y no dar la sensación de que los usan oportunísticamente.

El único mal es el tener una Constitución que no está a la altura de las circunstancias, si bien tendremos que contentarnos pensando que más vale este proyecto que nada, como ocurre ahora. ■